

# LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

# 87

LUIS ALBERTO SANCHEZ  
EL PERUANO



COORDINACION DE HUMANIDADES  
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/  
Facultad de Filosofía y Letras  
UNION DE UNIVERSIDADES  
DE AMERICA LATINA

UNAM



**LUIS ALBERTO SANCHEZ**  
**EL PERUANO**



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**COORDINACIÓN DE HUMANIDADES**  
**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**  
Facultad de Filosofía y Letras  
**UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA**



Luis Alberto Sánchez (1900), pensador peruano preocupado, como otros muchos latinoamericanos, por captar el perfil de la realidad de esta América. La identidad que da sentido a sus múltiples y diversos pueblos. Publica numerosos libros en los que va perfilando la realidad peruana y la realidad latinoamericana de la que ello es expresión. Así publica *Vida y pasión de la cultura en América; ¿Existe América Latina?* Surgen aquí los viejos interrogantes bolivarianos: ¿Somos indios? ¿Somos españoles? Somos, afirma Luis Alberto Sánchez, y esto es lo que cuenta. Somos hombres. Y, como todos los hombres con unas ciertas peculiaridades que no deben ser olvidadas en aras del afán por ser otra cosa que lo que se es.

Publicamos un capítulo de su libro, *El Perú, retrato de un país adolescente* y se refiere, en concreto a "El Hombre", de esta parte de América, el Perú. El Perú con sus múltiples razas y sus múltiples mestizajes. El peruano, el hombre de esta realidad que ha de ser conocido para poder transformarla. Luis Alberto Sánchez es, además, un político, esto es, un hombre que ha tratado de realizar sus ideas. Realización que ha encontrado expresada como proyecto en la doctrina del APRA (Cf. *Latinoamérica* 65). Político y educador trata de realizar lo que piensa sobre su realidad y el hombre que le da sentido.



## EL PERUANO

Luis Alberto Sánchez

¿Quiénes habitan los 1 249 049 kilómetros cuadrados que forman la superficie del Perú? ¿Cuántos y cómo son los que explotan los recursos naturales y ponen en juego las fuerzas económicas y culturales con que cuenta el país para su desarrollo?

En cifras redondas, de los 12'000 000 de individuos que constituyen la actual población peruana, el 48.5 por ciento es de mestizos (incluyendo a los que llamamos blancos, pero no puros); el 1.5 por ciento asiáticos y el 0.5 por ciento de negros. Tales son las proporciones de la amalgama perulera. Como de costumbre, desconfío de lo oficial. Por de pronto, los vocablos mestizo, blanco e indio andan allí tergiversados. Dentro de la terminología norteamericana, quizás se acerquen a la realidad; dentro de la europea y de la nuestra, jamás.

Nuestro elemento negro es, por cierto, veintidós veces inferior al de los Estados Unidos, donde significa el 0.08 por ciento del total. Y, claro, inferior al de los países del Caribe y Brasil. Pero el elemento mestizo, que es primordial, debe ser reconsiderado desde diversos ángulos. Como peruano, mucha parte de él usualmente es tenido por blanco. Usualmente, también parte del indio se confunde con el cholo o mestizo claro.

Indio no es en Perú una raza biológica, si las hay: es una "raza social"; así la denomina González Prada en su ensayo "*Nuestros Indios*", datado en 1904. Para el hombre de la calle, un indio con dinero se "blanquea" automáticamente, y un blanco depauperado se "aíndia" sin remedio. En el Perú, el rasero étnico depende de la posición social y la figuración pública. Salvo los negros puros, cuyo *status* es único, el mestizo de negro o de indio tiene las mismas oportunidades que el blanco y que el indio acomodado. El que no posee tales "comodidades", *deviene* indio indiscutiblemente.

Hay otro rasero propio de universitarios. Se remonta a no más de 30 años. Conforme a las tendencias del nacionalismo revolucionario, desde México emanó la implícita consigna de enorgullecerse de ser indio. Un ex Ministro de Es-

tado y largo tiempo legislador, durante varios regímenes, publicaba ya en 1927 un artículo titulado “*Nosotros los Indios*” (“La Prensa”, Lima, 1927), punto de partida de una apasionada polémica de que fuimos principales protagonistas José Carlos Mariátegui y yo, en las columnas de la revista “Mundial”.

Recuerdo que, en 1931, cuando el Registrador Electoral me filiaba, al llegar al renglón “raza” iba a escribir: “blanco”. Después de todo, si tengo algo de indio no ha de pasar de un 1/16. Todos mis antepasados, salvo uno, son oriundos de España, de donde llegaron a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, le dije al registrador, que era César Barrio de Mendoza, después comunista y más tarde muy moderado: “¿Por qué no me filia mestizo?” Él cogió la ocasión por los cabellos y anotó: “raza mestiza”. Me sentí tan feliz, que salí blandiendo mi libreta como una bandera. La tengo aún:

No existe, pues, tabú racial, salvo entre grupos muy diminutos, adinerados e incultos. En este caso, si la cultura se identificara con el mero analfabetismo, habría que celebrar que el 55 por ciento del Perú sea todavía analfabeto, pues así preserva su integridad moral y su entrañable “cultura” política.

El Perú es una nación mezclada. Los propios blancos tienen por allí antepasados sospechosamente cobrizos o acegados. “Quien no tiene de Inga, tiene de Mandinga”, reza un refrán. Don Manuel González-Prada es el autor de este epigramático epitafio:

*Aquí descansa Manongo,  
de pura raza latina:  
su abuelo emigró de China,  
su madre vino del Congo.*

Esta ausencia de prejuicios raciales debiera facilitar la democratización. No ocurre así, porque las motivaciones financieras (fijarse bien que no digo económicas) cierran el paso a todo movimiento constructivo.

El peruano ofrece peculiaridades increíbles. Uno encuentra a menudo a mestizos muy aindiados, de conocidos antecedentes modestos y hasta dudosos, socialmente hablando, pero que, ascendidos a ciertas posiciones burocráticas, hablan con desdén de sus hermanos de raza y, a veces, bastardía. Los hay, al revés y felizmente, que munidos de limpios papeles, lo que se llamaría con *pedigree*, se allanan a trabajar y tratar humanamente con quien sea.



Políticamente sería necio hablar de racismo en Perú. Buena parte de nuestros presidentes ha sido mestiza y hasta india, aunque el coro de los áulicos cante su blancura imaginaria: bastará citar los casos del dictador Odría, los presidentes Sánchez Cerro, Samanez Ocampo, Serapio Calderón, Andrés A. Cáceres, R. Morales Bermúdez, José Balta, Agustín Gamarra, etc. El mismo Leguía y el contemporáneo Bustamante y Rivero no dejan de lucir rasgos de indios blancos. No se podría defender el blanquismo del 25 por ciento de nuestros legisladores. Embajadores, ministros y generales presentes y pasados ostentan su más o menos oscura tez en salones, clubes y palacios, aunque, naturalmente, se expresen con desprecio de "la gente de color". El tabú racial no existe para los cargos públicos, sobre todo si se trata de indios. Los negros puros son poco numerosos y menos instruídos. Sus oportunidades son menores. Sin embargo, hay zambos y mulatos en altas posiciones. El ejército ha estado casi siempre formado por mestizos diversos, lo que hace menos comprensible el desapoderado hinojamiento de algunos ante las castas blanquistas y feudales que los utilizan para mantener o incrementar intereses nada populares.

Micaela Villegas, o sea la Perricholi, fue la amante pública de un virrey soltero, allá por 1770. Pero, sólo cuando el virrey Amat abandonó el poder y el Perú, es que la aristocracia limeña osó atacar a su coima, utilizando los peores dicterios y siempre en forma anónima. Hoy, ellos mismos han convertido a la Perricholi en una "Pompadour criolla", a quien, sin duda, rindieron interesadas pleitesías los abuelos de sus laudadores de ahora. Los elogios que le tributan la hacen ascender a una apoteosis rayana en la de Juana de Arco. No ha faltado historiador que sostenga que ella y Santa Rosa representan a la mujer peruana. Si fuese exacto habría que pensar que la "sociedad" peruana es una de las más tolerantes (lo que no es cierto), o simplemente de las más desaprensivas y superficiales.

Quiero repetir, pues, que no existen prejuicios de raza, salvo en ciertos mínimos grupos virreinalistas. El historiador don José de la Riva Agüero y Osma (1855-1944), hombre muy ilustrado, que remozó el arcaico título de Marqués de Montealegre de Aulestia hacia 1924, se jactaba de su árbol genealógico con pintoresca exageración. Siendo yo muy joven, me rogó que suprimiera de un capítulo de "*Los poetas de la Colonia*", un relato sobre los sacrílegos amores del Inquisidor Francisco de la Cruz y Doña Leonor de Valenzuela, pariente de los Rivera y Dávalos. Los amores ocu-

rrieron hacia 1550, y de su curso da noticia minuciosa José Toribio Medina. Riva Agüero me pidió aquello por tratarse de una "tía" suya... , fallecida cuatrocientos años atrás. Dios la tenga en su anchuroso seno.

La minoría arcaizante procede así. Carece del humor y el realismo de la vieja cepa española, la del Romancero, que no vacila en inmortalizar el deleitoso sacrificio de la Reina Ginebra:

*La linda Reina Ginebra  
se lo acostaba consigo.*

## II

La hasta hoy irreductible antimonía entre una minoría muy mundana y poco cristiana, y el resto del país, tiene alguna explicación en esta actitud psicológica, basada en un prejuicio económico evidente: los que se sienten herederos de divino ancestro desdeñan a aquellos que, aun cuando en la realidad resulten hasta proviniendo de "altas" cunas, sobrellevan una posición social inferior. No existe en toda América una oligarquía tan soberbia y tan comparativamente rica como la peruana. Su choque con el país ofrece por eso pocas posibilidades transaccionales; acrece en cambio la inquietante amenaza de un desenlace dramático. Para el observador superficial, el hecho es más inexplicable, porque los oligarcas peruanos pretenden disponer, por derecho de cuna, de cuanto privilegio inventó el hombre, y porque, a pesar de esta situación, se jactan, verbalmente, de una supuesta adhesión a los principios democráticos. En otras palabras, la distancia entre el dicho y el hecho es tan abismal, que sólo puede salvarse mediante un esfuerzo de imaginación. Cuando uno se fía en las palabras tiene que convenir en que el Perú es una república donde todo respira la más pura democracia; cuando se atiende a los actos, entiende que aquello es, precisamente, la cortina de humo tras de la cual se oculta una sistemática violación de los preceptos jurídicos, una perniciosa mala educación ética, cuyo resultado final llegaría a ser el envilecimiento cívico, si no mediaran, a Dios gracias, factores de repulsa y control. Para ser singulares hasta en esto, la retropropulsión política se opera en el Perú a la inversa: con marcha atrás para salir adelante.

No hay, pues, prejuicios racistas. Hay inadecuación cronológica, sordera mental, insensibilidad social, desconcierto humano, gravísima sintomatología.

Concorre otra circunstancia que empeora el cuadro: una especie de racismo interindiano. Ciertos grupos quechuas, especialmente del Cuzco, no sólo no se sienten inferiores al blanco, sino que creen superarlo y, además, y ahí lo curioso de la actitud, se creen superiores a los demás indios del país. Conscientes de su grandeza imperial, desdeñan al “misti” y a los indios que cayeron bajo el yugo del Inca. Desde luego, desprecian de modo señalado al negro. Ya en Garcilaso aflora un señorial desdén por todo cuando no sea cuzqueño. Cuando habla del idioma, llama “lengua general” (runasimi) a la del Cuzco, y “lengua particular” al castellano. Y refiriéndose a la “lengua general”, destaca con innegable orgullo, que es en Cuzco donde se la parla con propiedad y elegancia. Suscita vivo interés ver cómo se junta así dos orgullos imperiales: el de los encomenderos hispanos y el de los “orejones” o curacas quechuas. Ambos grupos privilegiados, miran a menos al resto. En Garcilazo gritan la soberbia de ser hijo de una “coya” y la de provenir del ilustre linaje de Garci Pérez de Vargas. Dos aristocracias, la de cobre y la de alabastro (aunque éste un poco atezado) se junta en aquel “cholo” insigne, filo de dos razas señoriales, finura asiática envuelta en piel de oliva clara, símbolo del Perú mayoritario, casi diríamos del Perú eterno.

Ya que hablamos de “cholo”, conviene distinguir entre el sentido que damos al vocablo los peruanos y el que circula en las vecindades. De acuerdo con antiguos cronistas, “cholo” era el indio obscuro y el mestizo de cabello crespo, motudo, casi como el del negro. Por eso, en Panamá (donde en 1950 cuando empezamos a escribir estas notas, se hallaba en plena moda un “son” titulado “¿Qué te parece, cholito?”, se denomina cholo al amulatado, de origen indio. En Chile, las mujeres llaman domésticamente “cholita” a cierta parte del cuerpo donde el pelo suele ser ensortijado. Cholo significa para el habla popular de Chile y Argentina, el peruano, predominantemente el de pigmento oscuro.

En el Perú lo consideramos de otra manera; cholo es el indio blanqueado, producto de la mezcla de conquistador e inca, pues para el habla vulgar —y es término usado por la gente “bien”—, a los solados y sirvientes se les llama “chutos”: una expresión absolutamente peyorativa.

### III

El indio peruano es un ser sólo en apariencia inferiorizado. De hecho mira con soberana indiferencia y hasta con

desdén al blanco; con absoluto menosprecio al negro, aunque considere su pelo como una afrenta. El negro no habita sino en la costa. No resiste la altura. "Gallinazo no canta en puna" dice el andino sonriendo de los calofríos del negro cuando sube a la cordillera. Tampoco el chino soporta vivir en los Andes, aunque en China existan montañas y mesetas muy altas: el "asiático" que vino al Perú es de las cálidas planicies del sur. Macao, Cantón y Hong-Kong proveyeron de *culís* a los ricos hacendados que así reemplazaron la mano de obra africana con la asiática, cuando aquél fue manumitido (1855).

El quechua carece de la agresiva arrogancia del azteca, pero luce más confiado que el chibcha, el maya, el taíno y el aimara. Solamente el guaraní y el araucano se le comparan, aunque por diversas razones. Mas, ¿es que el indio constituye un problema peruano? A juzgar por las estadísticas, si la mayoría la componen indios y mestizos de indio, el problema nacional lo sería el blanco, separatista y soberbio. Yo recuerdo que, en 1941 o 1943, paseando por la Plaza Murillo de La Paz, en compañía del ex Rector de la Universidad de San Andrés, don Juan Francisco Bedregal, gran escritor, éste me formuló idéntica glosa sobre el caso boliviano: "Aquí, mi querido Sánchez, no hay problema del indio: el problema es el blanco". No podemos negarle mucha dosis de razón. La vida económica y política del Perú demuestra que uno de los principales obstáculos para el desenvolvimiento progresivo y pacífico de la colectividad está en el egoísmo de un grupo minoritario, al que hemos tratado de caracterizar anteriormente.

El indio peruano, por tradición, es colectivista. La historia y la necesidad le habituaron a trabajar en equipo, a depender de la tierra, la Mamapacha, vínculo primordial entre los seres humanos. El Ayllu o comunidad incaica era y es un tipo de cooperativa. Unidos por el cultivo de los *topos* ayllales, el indio prosperó atento a sus sugerencias, rindiendo pleitesía a la tierra, su numen tutelar. Lejos de la ignorancia que se le enrostra, tuvieron agudo sentido de sus conveniencias. Investigaciones modernas demuestran que conocían el empleo de los medicamentos vegetales con insuperable pericia. La obra *Medicina Popular*, de los doctores Hermilio Valdizán y Ángel Maldonado (3 vols., Lima, 1922), exhibe una cantidad innumerable de recetas y tratamientos a base de la botánica lugareña. En no lejana exposición de cirugía incaica (1948), el Museo Arqueológico de Lima puso de manifiesto con qué pericia operaban los hechiceros del Imperio, especialmente las trepanaciones craneales. La

abundancia de éstos hizo pensar a jóvenes médicos, a comienzos del siglo, en la existencia de la lúes entre los antiguos peruanos (Tello y Morales Macedo): hoy es una especie desvanecida. La lúes vino con el conquistador europeo.

Trabajador impar, el esfuerzo del indio consta en los descomunales testimonios de piedra de sus foralezas y palacios. Las construcciones de Sacsahuamán, donde se acoplan y alcanzan muros formados con piedras de 200 metros de volumen; y los creadores de Macchu Picchu, Picchu Picchu y Huayna Picchu, atrevidas hazañas pétreas, tuvieron un concepto único del arte de construir. Los que ensamblaron los muros del Palacio del Inca, del Coricancha, del Acllahuasi, del Colcampata, y esa maravillosa calle "del Abrazo", donde está la piedra de los doce ángulos, nada tenían que aprender de los maestros y alarifes europeos medievales. Las ruinas de Egipto no superan a la incaicas en arrogancia y macisez. Hechas para resistir a las edades, ahí están a pesar de los cataclismos. El terremoto del Cuzco de mayo de 1950 no logró conmover la formidable ciudad incaica.

Los incas concibieron el arte de gobierno como una tarea mixta: de captación espiritual y asentamiento material. Nadie les aventajó en plan caminero. La actual red de carreteras sigue, por lo común, los trazos de las viejas rutas imperiales. Difundieron idioma y religión como primordiales elementos de unidad; disponían de irremplazable factor en la riqueza y adorable flexibilidad de su lengua, el Runasimi, en la cual pueden expresarse infinitos matices. Como colonizadores, llevaron a la práctica un programa perspicaz y cierto. Dispersaban los grupos hostiles, encajándolos en las zonas más fieles; y enviaban en su reemplazo *ayllus* enteros, escogidos entre los más seguros. Los leales *llactarunas* y los añorantes *mitimaes* transitaban sin tregua por las amplias vías cimentando la obra de los ejércitos, siempre en busca de nuevas fronteras. Al revés de España, cuya historia, según De Onis, se resuelve en la busca de nuevos límites y cuya decadencia se anuncia no bien se parapeta en Madrid, el Incario fue una civilización centípetra: se arruinó cuando sus conquistas le exigieron desplazar demasiado la frontera y alejarse del Cuzco, su centro natural.

Fue una civilización jerarquizada. A igual que Roma, creó poco, salvó una avanzada estructura administrativa. Su inspiración proviene de Nazcas y Mochicas, que fueron los griegos de la antigüedad peruana. Al llegar los españoles, el Imperio del Tahuantinsuyo había alcanzado un punto muerto. No la aurora ni el mediodía: el ocaso. Los his-

panaos se maravillaron de aquel véspero: raza crepuscular también ellos, cuyo anochecer asomaba ya por el horizonte.

El indio vulgar se mezcló con el blanco. El inca aristocrático trató de resistir la mixtura. Al transformarse la economía agraria del Imperio en la extractiva y mercantilista del Virreinato, el indio se refugió en sus montañas, renuente o incapaz de adaptarse a una forma de vida incompatible con su quietismo pastoral y su apegamiento a la tierra. Si hay en Perú patriotismo profundo —que lo hay—, está en el indio, que no concibe la Patria sin el suelo ancestral. De no haber indígenas, el substrato de la población de Tacna y Arica, tal vez no habrían resistido, como resistieron, durante un duro medio siglo, la tenaz acción captadora de Chile en esa comarca (1884-1929).

El indio dizque no servía para el trabajo de minas, pero no habría minería peruana sin él. Ciertamente; los incas extranjeros minerales, más no por interés predominante. Los metales se usaban para decoración. Como los socavones se hallaban a tremendas alturas (Huancavelica, Pataz, Cerro de Pasco, Puno), sólo un ser fue capaz de laborarlas: el indio. La política hispana de “proteger” hasta cierto punto al trabajador vernáculo fue, en parte, resultado de la necesidad que de él se tenía y, también, de la caridad inaplicable de ciertos misioneros y legisladores. El indio era una herramienta de producción, la única que resistía la altura y el frío sin excesivo gasto de combustible. Está probado que ninguna raza es hasta ahora capaz de medirse con el indio en las tareas a tales niveles. La medicina contemporánea tiene averiguado que el hombre andino posee características *sui generis*; y que cualquier otro individuo, a los 4 000 metros de altura, sufre radicales modificaciones biológicas y funcionales, de que se ocupa el Instituto de Biología Andina de la Universidad de San Marcos.

Ahora bien, ¿son los indios una “clase”, como los denominan algunos?, ¿o simplemente una “raza social” como, desde 1904, les llamara González-Prada? Raza social o clase, el indio constituye la mayoría productora del Perú, pero no el mejor consumidor, por la escasez secular de su salario, que le ha obligado a adquirir hábitos de terca inhibición y de frugalidad inconcebible para un occidental. El quechua, dominador ayer de media América del Sur y que se pavoneaba por los anchos caminos imperiales, tuvo que someterse a las restricciones inherentes a su dolorosa y nueva condición de vencido, digo, de siervo. No lo fue nunca. Vasallo, sí, pues los Incas constituyeron una minoría opresora como

toda raza de rapiña. El indio contaba siempre con su *tupu* de tierra cultivable, y cada hijo le aportaba una parcela más. Durante el Virreinato no fue dueño de nada. Trabajaba para otros, sin recibir sino menguada ración y forzoso prolongamiento de una faena inhumana. Cuando llegó la República, el indio permaneció impasible. Había tomado parte beligerante en ciertas convulsiones anteriores, las propias, las de Juan Pumacchua, entre 1750 y 1814. Estos caudillos le hablaban en su propio idioma y le prometían algo de veras anhelado, lo que ancestralmente era suyo, a lo que no podían renunciar, lo que les fuera asignado por Dios, lo que ganaron sus brazos, lo que regó su sudor, lo que amaron sus padres y para lo que nacieron sus hijos: la tierra. Los caudillos extranjeros (San Martín, Bolívar, Sucre, La Mar, el propio Santa Cruz) y los conspiradores criollos (Riva Agüero, Torre Tagle, el conde de Montemira, etc.) hablaban de preceptos abstractos, de ideas sutiles, de principios intangibles: libertad, igualdad, fraternidad, república, soberanía; pero ¿y la tierra? ¿Qué decían sobre la tierra? ¿Por que no lo mencionaban o aludían? Es que eran señores feudales, herederos de encomiendas: ¿cómo iban, pues, a conmover a la inmensa gleba, que aspiraban ante todo a tener dónde asentar la planta con seguridad y descansar la cabeza con derecho? Por eso, el indio combatió mejor que nadie cuando la resistencia al invasor, defendiendo su casa, porque se hollaba su tierra, la tierra en que trabajaba aunque no fuera suya, la tierra que algún día podría recuperar. Ese es el secreto de las Montañas de Cáceres en 1881. El indio y la tierra forman un dístico perfecto: igual número de sílabas, igual ritmo —la rima carece de importancia. Si el indio, en época reciente, se levantó contra la dictadura, fue en gran parte por que ésta había inaugurado un nuevo modo de *mita* o turno, llamado “conscripción vial”; y porque el derrocador era cobrizo obscuro, carecía de predios y hablaba con aspereza e impropiedad el lenguaje de los *mistis*. Si el indio se hizo aprista ha sido y es porque el aprismo encarna la reivindicación del agro, y respeta o restaura tanto la forma de propiedad y laboreo de *ayllu*, como el minifundio, según los hábitos y mentalidad de los campesinos de cada comarca. Si el indio del sur ha abierto los oídos a la propaganda comunista es porque ésta le habla de restaurar los organismos quechuas y aimaras, y de devolverles el suelo sin más ni más, aun a riesgo de no cumplir la promesa nunca. Lo que moviliza al indio no es, en el fondo, odio al blanco o al español, sino positivo amor a la tierra y, de rechazo, oposición a quien la detente.

La educación del indio ha fracasado porque se le trató de inculcar principios abstractos, extraños a su mentalidad realista. Letra sin tierra suena a falso. ¿A qué aprender cómo se desplazan los astros, si para mirarlos hay que pararse en parcela ajena o aproximada? ¿A qué aprender en qué consiste la soberanía, si no se es dueño del suelo que se cultiva? En vano se instruye al indio en el cuartel; el cuartel remeda demasiado a una prisión y, además, representa el alejamiento del terruño. El indio posee un sentido sutil y arcaico del suelo que pisa y cultiva. Era y es suyo; debe disponer de él libremente. Por eso, es tan adicto a consagrar sus mayores esfuerzos a la tarea municipal, comunitaria. Cuando una comunidad indígena (hay múltiples ejemplos, como los de Canta, Paríamarca, Pampas, Cuzco, Huánuco, Trujillo...), ahorrando penosamente centavo a centavo su salario, dedica su descanso dominical a construir una escuela, o el local del cabildo, o el hospital, está proclamando con palabras de adobe y ladrillo cuál es el fondo de su pensamiento: estar, quedarse, crecer, allí, disponer del suelo donde nació, donde creció, donde quisiera morir. Sedentario magnífico, le entienden mal quienes por su arraigo le juzgan atravesado o ignorante. Sabe, sabe como nadie, lo que le conviene, para lo qué es apto, en dónde reside su seguridad, de dónde vino, a dónde va.

El *misti* ignoró siempre tan claro programa.

El blanco, lo sabemos, el blanco español llegó en son de conquista. En el memorial que el Bienaventurado Fray Bernardino de Minaya dirigiera a Felipe II, solicitando pensión para sustentar su vejez, refiere que cuando él planteó a Francisco Pizarro el Real propósito de propagar el cristianismo entre los infieles y ganar para Dios el alma de los indios peruanos, "el Pizarro respondió que (Minaya) había venido desde México a quitarles su ganancia, y que no quería hacer lo que (Minaya) le pedía. Y así me despedí de él con mis compañeros, aunque él me rogaba que no me fuese, que habría mi parte del oro de que habían habido en los pueblos. Yo le dije que no quería parte de oro tan mal habido, ni quería con mi presencia dar fervor a tales robos". Este documento lo reproduce Lewis Hanke en su libro *La lucha por la justicia en la Conquista de América* (Buenos Aires, 1949, p. 115).

No tratamos de revisar los conceptos sobre la Conquista. Cualquiera que fuera su finalidad, su resultado objetivo, es produjo la formación de dos sectores a la postre antagónicos. Los ricos encomenderos, que se alzaron contra el primer Virrey y le mataron por razones económicas, constitu-



yeron a la corta una aristocracia extractiva y succionadora, alejada del corazón del país, enquistada en Lima y en ciertas capitales provincianas, anexas a centros mineros. Los españoles vulgares se mezclaron con los indios, digo, con las indias, y fueron origen de un numeroso mestizaje. Hubo un tercer grupo: el de los fugitivos de la justicia del rey, iberos perseguidos, especie de *out-law*, especialmente almagristas, gironistas o gonzalistas, extraviados, en la espesura de los montes, en donde dieron vida a núcleos de blancos aindiados, como los "moruchos" y otros. Repito: las dos últimas categorías de españoles coexistieron fecundamente con el aborigen; la primera, no. Se mantuvo al paio frente al vaivén vital de sus compatriotas, aferradas a sus intereses "dinásticos" y sus apetitos territoriales; este sector, nada poroso, pretende representar el blanquismo en Perú. Algunos europeos, venidos a más al cambiar de continente, les sirven de pintorescos secuaces.

El español formó la base blanca de Perú, especialmente en las ciudades andinas. Después de la Independencia, en las costañas se unieron a aquellos pequeños conglomerados de italianos y franceses; luego, alemanes; después, polacos, británicos y norteamericanos. Cada uno de ellos aportó su tono.

#### IV

El italiano, contertulio nuestro desde la época de Colón y Vespucio, acreció visiblemente su caudal demográfico, a partir de la segunda mitad del siglo XIX: la inmigración genovesa, siciliana, napolitana, se dedicó al pequeño comercio y a la agricultura. Buscó enraizarse con los nativos. A menudo prefirió, como el francés en las colonias, a las hembras más obscuras y para compañeras de lecho y mesa. Por su prudencia y sencillez, los ítalos tuvieron mejor acogida que los hispanos, algo tiesos, como descendientes de tradiciones hapsburguianas. El italiano levantó tienda con hijas del país: mulatas, cholas, hasta negras, de donde proviene un excelente tipo de tez morena y ojos claros que, en el caló popular, se denomina "sacalagua" o "saca l'agua". Por lo común, el italiano décimonónico empezaba con una "pulpería"; de ahí pasaba a tener un almacén al por mayor; devenía hacendado, banquero, industrial. Así nació un refrán: "el abuelo pulpero, el hijo caballero, el nieto pordiosero". Los agricultores italianos se especializaron en productos análogos a los de su tierra: vid, azúcar, algodón, olivo, arroz. El tipo de vino peruano no es francés, coho el chileno, sino

italiano. Sus fabricantes se llaman Malatesta, Zuni- ni, Osella, Nosiglia, Queirolo, Picasso. El hombre del pueblo se deleitaba en la pulpería del “bachiche”, conversando de política, finanzas, vecindario, comercio. La pulpería era un club callejero, una heterodoxa universidad popular, al calor de un jarro de vino, con más permanganato o tanino que uva, o de una “libra” de pisco, no siempre exenta de combi- naciones químicas. Junto a cada pulpería era usual que hu- biera un callejón (conventillo, en Argentina; cité, en Chile). La pulpería era el corazón y los pulmones del supradicho callejón. En ella oficiaba la pulpera, a quien se llamaba “la Madama”; al marido se le decía “el bachiche”. Parece que este vocablo tiene origen levantino; *bátchich* en árabe signifi- ca limosna; pero lo más seguro es que venga del nombre de Gian-Battista, muy común entre los genoveses, que pro- nuncian Yan-Bauchá, o Bauchá a secas, por lo que a todos los italianos se les llamaba Bauchas o bachiches. Pero los italianos crecieron y forman hoy una colonia vigorosa y bri- llante. En todas las actividades los hay, importados o nati- vos: llámense Raymondi o Tabusso, Larco o Fernandini, Marcionelli (yugoslavo) o Sassone, Dasso o Sequi, Valle o Campodónico, Magnani o Cecchi, Salocchi o Mateucci, Ber- tolotto o Bringardello, Figari o Visconti: de todo hay en ese abanico de hombres expertos en ciencia y cocina, letras y cirugía; comercio y música, banca y deportes, agricultura, minería y ocio.

También el francés se unió a la gente del país. No mantu- vo ninguna sagrada reserva de su sangre. Ante todo, le inter- esaba vivir “*Le vin et l' amour - comme toujours*”, su fór- mula de subsistencia. Para él, la mujer representó antes que un ascenso en sociedad, un complemento fisiológico, econó- mico y sentimental. Verdad que, a menudo, conforme a cier- tas normas imperiosas de su patria, daba primacía a la dote, pero lo más frecuente es que diera primacía a la conviven- cia, al sano deporte de la cama, para el que se requiere bue- na hembra aunque sea ignorado su apellido. En el orden de las actividades crematísticas, propias del inmigrante, el fran- cés prefería el comercio a la abacería. Bancos, ferreterías, hoteles, casas de modas, restaurantes, negocios fiscales: he ahí el ámbito en que se desarrollaron sus actividades. Ya desde 1833, según refiere Flora Tristán en “*Las peregrina- ciones de una paria*” (París, 1838), las más amables posa- das de Lima eran regentadas por francesas; sobresalían en el teatro y en la modistería. Luego, se hicieron del negocio de muelles, y de la influencia palatina, en tiempos de la pre- sidencia de Piérola; correlativamente de la formación de los

cuadros militares, con los gallardos oficiales D'André, Dogny y Clement, de que vienen familias mixtas, bastante adineradas, por el lado criollo, desde luego.

A diferencia de los mediterráneos, los alemanes y los sajones prefirieron coincidir, aunque por otra vía, con las exclusivistas tendencias de los virreinales. Los alemanes, seamos justos, menos que ingleses y norteamericanos. Al cabo formaron familias mestizas. Los otros, casi nunca. El aislamiento anglosajón es proverbial y efectivo. Constituyen islas donde sea, sobre todo de británicos. Fomentan, eso sí, el progreso económico, deportivo, cantinero, hípico. Los norteamericanos repiten la hazaña de sus progenitores europeos, añadiendo cierto interés por la educación y las misiones religiosas. Al cabo, los británicos se alían a algunas nativas del alto rango (Ahston, Sturrock, Thorndike, Bayley, Gubbins, Bryce, etc.). Mantienen por lo general una intolerable tiesura. Sus enseñanzas culturales se lucían en las canchas del Lima Cricket, el Lima Polo Club, el Association: trataron de adecentar la pelea criolla, librándola de los *cabes*, cabezazos y patadas. De ellos nació el popular vocablo "faite" (de "fighter", peleador), así como en Argentina el "hincha" (de *to heench*) y en Chile la "tinca" (*dethink*). Los británicos fundaron pintorescos balnearios como los de Miraflores y parte de Barranco, donde subsiste "el Malecón de los ingleses", así como los italianos preferían la Magdalena, a la que llevaron sus juegos de bochas y palitroques, y donde sembraron sus protectores emparrados. Los norteamericanos establecieron en 1927 el Country Club al verse expulsados por la iracundia patriótica de los socios del Club Nacional, a raíz del Laudo arbitral del Presidente Coolidge en el asunto de Tacna y Arica. Además, y no es poco, introdujeron el uso del "high ball", el "chiclet", el "hot dog", los "pies" (pronúnciese pais), sobre todo desde los tiempos de Leguía, que es cuando la influencia yanqui hinca más su garra. Algunos norteamericanos se confundieron con nuestro modo de vivir: el ingeniero Carlos Sutton, técnico en irrigaciones; el profesor Alberto Giesecke, ex rector de la Universidad del Cuzco, y nada digo de los introductores de basket ball y el volley ball (¡oh, Carlos Johnson!), logros civilizados de tan altos quilates, ante quienes caen abrumados los teoremas y descubrimientos de Aristóteles y Newton. Lo más corriente fué que los norteamericanos distasen de ser dechados de cultura. Los dividendos y réditos les obsedían. Rudos pioneros de bruscos modales se asociaron, empero, con pulidos caballeres en quienes la yema desaparece bajo la cáscara. No me refiero a aquel legendario

Henry Meiggs, por cuyo lecho pasaron numerosas y reputadas beldades de alto bordo, sino a otros de menor calado. Ni, al revés, a aquellos británicos de la época de la Independencia (Cochrane, Miller, Guisse). Me refiero a la época moderna. A John A. Mackay, director de conciencias en nuestro año veinte y tantos; a William Morkill, no tan cuidadoso de las almas, gerente de la Peruvian Corporation por mucho tiempo. Fueron, generalmente, impermeables al medio criollo. Sólo un vástago de inglés, ya muy acriollado, al canzó la Presidencia de la República: Guillermo Billinghurst.

Sintetizando: el blanco se agrupó en una casta extranacional, menos dinámica que el criollo auténtico. Cuando se junta a éste, viene de italianos, franceses, portugueses y un sector hispánico.

## V

Demográficamente, el chino ha sido muy influyente. Mientras el negro llegó desde 1540, el chino sólo arriba trescientos años después. El nipón asoma a comienzos de este siglo. No obstante, la impronta asiática es tan visible como la africana. Inclusive en el aspecto cultural. Un hijo de chino, Pedro S. Zulen, fundó la sociedad Pro-Indígena; reformó la biblioteca de la Universidad; creó su "Boletín bibliográfico"; innovó el estudio de la filosofía bergsoniana; se graduó en Harvard; profesó en San Marcos. Era enclenque y generoso. Murió de tuberculosis, perseguido, además, por la incoercible pasión de una admirable mujer, su compañera de combates. Más tarde, aparece un poeta sofisticado, cuya habilidad rítmica corría parejas con su técnica en mercancías de Oriente: Kuang Veng, empleado de Wing On Chong. En nuestros días, el más sutil discípulo americano de Heidegger, Víctor Li Carrillo, es hijo de chino. Lo es Eugenio Chang Rodríguez, profesor de la Universidad de Pennsylvania, y lo son Miguel Yi Carrillo, periodista, y Eugenio Chang, líder universitario. Contra estos interesantes exponentes intelectuales se encarnizó el súbito e inexplicable racismo de la dictadura de Odría (no muy limpio de apariencias asiáticas, por cierto), quien ordenó negar pasaporte peruano a tales y cuales peruanos por el terrible delito de tener los ojos oblicuos y el alma perpendicular. Nuestro pueblo, ajeno a esas exquisiteces, frecuente al chino y le tiene por fraternal. Su "menú" consta de platos cantoneses: chifaná, chaumin, chapsuey, fuyon, sopa de Wan-tan, chanchito con tamarindo, camarones reventados, gallina saltada con almendras. En las "encomenderías" asiáticas nuestro pueblo compra a más bajo precio

sus artículos de subsistencia. El chino gana poco en muchas unidades, al revés del criollo que quiere ganar mucho en cada unidad, aunque venda pocas. Lo explica la historia del advenimiento del "culí" a nuestra América.

Cuando el negro quedó manumitido, Cuba y Perú se dedicaron a importar mano de obra amarilla y barata. Ocurrió entre 1842 y 1874. No fue un negocio limpio, pero sí, aristocrático. Los traficantes disponían de cuantiosas fortunas, sólida posición social y vastas haciendas. Watt Stewart, en su libro *Chinese bondage in Peru* (Duke University, 1951), exhibe documentos impresionantes. Pero no es nuestro objeto aquí la forma de ese tráfico. Los "culís", aunque pertenecientes a grupos menesterosos del Sur de China, poseían implícita e irrenunciable, vieja cultura, palpable en su desdén al sufrimiento, su estoicismo, su vital sutileza. Se les permitió fumar opio, rendir culto a Buda, dejarse las uñas (del cuerpo) largas, curarse con sus yerbas, utilizar sus médicos o herbolarios, comer sus manjares, ser frugales, exóticos y distantes. Pronto hubo en el litoral peruano una copiosa colonia de peones agrícolas chinos. Cocinaban como nadie, y al criollo se le halaga por el paladar y la panza. El indio no desconfió del chino, diverso al africano. Indios y chinos coincidían en prolongados mutismos, laboriosa paciencia, sobriedad, vegetarianismo. Hasta se sentaban de igual modo: en cuclillas. Sabían permanecer largo tiempo estáticos, contemplando el invisible rodar de las horas. Ahorraban. Eran duros para el trabajo y las marchas. Sólo que el chino rara vez trepaba el Ande, y el indio padecía al abandonar sus cumbres. El indígena de la costa fraternizó con el asiático. Los chinos, privados de sus mujeres por . . . reglamento,, buscaban a las cholitas para calentar los huesos y las sábanas. Se casaron. El indio no se disgustaba de compartir el lecho con alguna "injerta", esto es, descendiente de chino y chola. Dada la fecundidad del asiático, la prole fue en aumento. Centenares y, después, miles de peruanos, lucían en su faz la impronta asiática: ojos oblicuos, pómulos más pronunciados, boca gruesa, tez de pergamino, pelo tieso. Ellas resultaban graciosas; ellos, inquietantes. Aquellas máscaras vivientes ocultaban raras pasiones. Tras los mostradores, frente a los tapetes verdes, entre los escaparates, la nueva raza desconcertaba al criollo tradicional, con su impasibilidad, su razonar de rayo y su proceder de tortuga. Así se forjó un nuevo tipo de peruano: inteligentísimo.

Los japoneses, llegados en avalancha, a partir de 1904, enredaron aquello. No eran iguales a los chinos: más pequeños y robustos, de idioma gutural y hablar de ametrala-

dora, ajenos, se internaron por la sierra, se afincaron en la costa, se metieron en la selva, siempre agricultores, peluqueros, comerciantes, mayordomos, pero tan aislados y secretos como los británicos. El indio les miró con desconfianza.

El chino, flaco y amable, resudaba cortesía por humilde que fuese de origen. La urbanidad del japonés era mecánica, por alta que fuera su cuna. Pronto se hizo tópico que los peluqueros nipones ocultaban, en realidad, su condición de oficiales de ejército en diabólica tarea de espionaje al servicio de Su Majestad el Emperador del Sol Naciente. Los chinos ya, en ese tiempo, se peleaban entre sí: los unos, fieles al Sublime Hijo del Cielo; los otros, devotos del doctor Sun Yat Sen. El divorcio se amplió cuando hubo que escoger, a partir de 1927, entre el Kuo Ming Tang y el "P. C." desatada ya la revolución nacionalista y antimeridionalista.

En el seno mismo de nuestro pueblo existía una guerra minúscula entre chinos y japoneses. Al hombre de la calle resultábale difícil discernir entre unos y otros. No obstante, pronto se hizo visible el afán nipón por imitar ciertas fórmulas criollas en las comidas y usanzas. Mientras sus haciendas se protegían en lugares estratégicos, los chinos seguían disfrutando de su filosófica y creativa molición, dedicados a mil oficios, todos ellos íntimamente vinculados con el pueblo más humilde, o por contraste, con las clases adineradas.

Nuestra "gente del pueblo" se aficionó a ambos por razones financieras y quizá psicológicas. Hizo suya la dieta del "culí". Por humorada o snobismo, las altas clases siguieron las huellas del proletario. Cuando una casta carece de tradiciones propias, ha de resignarse a copiar usos ajenos. La comida china, el baile africano, la desconfianza india, la jactancia blanca, acabaron por tipificar al hombre del Perú. Empezó éste a moverse en su complicado escenario llevando a costas una más difícil carga de adversos destinos étnicos, de encontradas psicologías, en dramático e inenarrable desconcierto. No ha variado hasta ahora.

## VI

Mencionamos al africano, es decir, al negro. Su participación en nuestra historia republicana, dejando de lado la anterior, podría empezar cuando el Libertador Ramón Castilla le manumitió en 1855. Desde entonces ingresó a la vida colectiva. Los negros fueron partidarios de Piérola, que les llamaba "conciudadanos" y les halagaba con guiños benevolentes. Impregnaron de su ternura los hogares linaju-

dos; de sensualidad, las canciones y los modales del pueblo. Hubo hasta un Presidente Negro, flor de un día, apellidado León, quien, allá en 1843, se apoderó del Palacio de Gobierno, aprovechando una salida de tropas. El más destacado discípulo de nuestro insigne matemático Federico Villarreal, fue "el negro Quiroz". Uno de los más notorios profesores de bacteriología es el doctor Julio C. Gastiaturú, de tez muy oscura también. El más célebre de los toreros peruanos del siglo XIX fue Ángel Valdés. "El Maestro", de quien decía la alacre y superficialísima parladoría limeña que había sido honrado por la Reina Cristina, de España, llamándolo a su palco. En los tiempos modernos, el más "taquillero" de los toreros del Perú fue "el negro Santa Cruz", y en el intermedio, el zambo Atilio Cerruti, discípulo de Valdés. allá por 1908 ó 1909 hubo un concurso de zarzuelas: el ganador fue un negro musicante, de apellido Arredondo. No hablemos de los boxeadores: el más firme valor de exportación en materia de "ring" fue Alex Rely, un negrazo que obtuvo el campeonato de los pesados de Sudamérica, y acabó ciego, pidiendo limosna por las calles. La aristocracia, claro, no ha desdeñado abrir sus casas a los campeones de boxeo, a los toreros, cualquiera fuese su color: que el aguijón del renombre es felizmente mucho para la fácil imaginación de los criollos. Lo que quiero decir es que los negros no tuvieron resistencias, en el Perú, y se les mira, antes bien, con simpatía.

Por lo demás, toda la historia del africano entre nosotros fue así. Muy simple, tanto que cabe en pocas líneas. Traído en condición de esclavo, ya lo sabemos, fue verdugo al principio (el que degolló al Virrey Núñez Vela, por ejemplo), y luego se hizo insustituible miembro del hogar. Fue el ayo, el cochero, el hombre de confianza, el leal, el alcahuete, el guardaespaldas, el cantor, el peón: profesiones diversas algunas de ellas muy liberales y bienquistas. Ellas, las negras, empezaron de nodrizas y siguieron como ayas, lavanderas, esposas, concubinas, amas de llaves. Su canto y su fantasía dieron carácter a hogares desprovistos de vuelo y amplitud. La primacía doméstica del negro, le infundió un curioso sentimiento de autosuficiencia, casi de orgullo. Acabó, claro, despreciando al indio y codeándose con el blanco como su igual.

La circunstancia de que haya pocos negros en nuestra composición demográfica es causa de que se tenga a menos su participación en nuestra gesta social. Craso error. Las razas actúan no sólo por su número, sino por su calidad, intensidad y dinamismo. No son muchos los franceses en el

Perú, pero se les siente. Ni los norteamericanos, pero se les nota. No pretendo que el negro nos africanizara, como aquellos nos afrancesaron y éstos se hallen en camino de yanquizarnos. Pero, negros y negras han ejercido evidente influencia en la familia peruana, tal como la tienen entre los sureños de los Estados Unidos, mal que les pese a los señores del Klu Klux Klan y demás sociedades discernidoras.

Prescindo de inventos tan patéticos como el de la novela "*Matalaché*", romance excesivo, aunque taraceado de bellas descripciones. Esos negros que conquistaban a las amas blancas, no abundaban; distan de ser lo significativo y característico. Las negras, en cambio, sí conquistaron a sus amos, o se dejaron amar, y acabaron con cierto señorío, monopolizando la ternura y la sexualidad de los patrones. Una linajuda familia limeña, con más pergaminos que hojas tiene un árbol en primavera, cuenta en sus anales de horrendería el que uno de sus miembros, jefe de clan, agonizara o simplemente se quedara muerto entre los brazos de azabache y sobre el vientre de hule de una de sus servidoras —à tout service, cela va sans dire . . . Los cantos de los negros impregnan la memoria auditiva del blanco. Sus cuentos, saturan la imaginación. Su lealtad se impone a cualquier otro sentimiento. Su risa, su amplia y sonora risa, quebraba el estirado silencio de las mansiones de abolengo. La negra era autoritaria y risueña, abusiva y tolerante, cómplice de las pilatunadas de los "niños", de sus siempre niños aunque fuesen mayores. La caterva de mulatitos, zambitos, cuarterones, quinterones y demás clasificaciones provenientes de vientres de ébano, pueblan nuestra historia.

El negro varón, engreído, cuentista, tocador de guitarra, jaranero, bailarín de marinera, excelente guardaespaldas, trocó su esclavitud en señorío (al revés de lo que decía Garcilaso) con una naturalidad increíble. Para compensar las humillaciones que le imponían sus patrones, se jactaba de una antojadiza superioridad sobre el indio. Indios y negros se entendieron al cabo; negros y chinos se combatían a epigramas y silencios. El negro llegaba a la "encomendería" del asiático en son provocador. Nada le importaba. Sentíase el gallo del corral. Como desconocía las trabas legales del amor, formó una larga caterva de muchachitos color café con leche. Tenía barrio propio: el de Malambo, en Lima, y ciudades y villas a su disposición: Chíncha, Cañete, El Carmen. Poseía su culto ad hoc, el del Señor de los Milagros, cuya devoción impuso, en venganza, al blanco. Este, iconólatra, trató de paliar su derrota religiosa frente al africano, estableciendo una segunda procesión de dicha efigie,



la del 28 de octubre o “procesión de los blancos”, que el negro miraba con socarronería, porque no era tan concurrida como la suya, la del 18 y 19 del mismo mes. Los negros fueron los animadores de la campestre fiesta de los Amancaes, en el día de San Juan, al comienzo deleite de la aristocracia virreinal. Así, en los holgorios públicos continuó la mixtura iniciada al pie de las inocentes cunas y sobre los pecaminosos lechos.

Pocas poblaciones negras han subsistido en el Perú. Las más notables por cierto, se hallaban cerca de las plantaciones de Algodón y azúcar. Destino agrario, convertido luego en doméstico. Negros hay aún en estado de cuasi pureza, en Piura, Cañete, Chincha e Ica. La Villa del Carmen, al Sur de Lima, y Ocucaje, junto a Ica, son trozos de África. Imperan allí la superstición, el dengue y el tambor. Empero son islotes coloristas en medio de la vastedad cobriza del poblador peruano. Su acción no se ejerce a través de su pristinidad y cuantía, lo repito; se desenvuelve por medio de su vivísima sensualidad, de su incoercible fantasía, de su diabólico regocijo, de su incomparable sentido del color y el ritmo. Ellos, los negros, han ganado definitivamente la disputa del criollismo, imponiendo a la aristocracia pisco, marinera, matonismo electoral, canto quebrado, sus “picantes”; ellas, las negras, qué duda cabe, siguen triunfando en aquella otra batalla de que ya don Luis de Góngora hizo concepto y música: “a batallas de amor, lecho de plumas”.

Así es como, en este rigodón de razas, vaivén tumultuoso y fecundo, se ha venido formando lo que nos atrevemos a llamar “el hombre peruano”. El hombre, digo, no el ciudadano, que eso es bien distinto: aspiración todavía remota a que nos aferramos sin desesperación, pero todavía con mucho escepticismo.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos  
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,  
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.  
Se tiraron 10,000 ejemplares.



**TOMO VIII:**

71. Francisco Miró Quesada, FILOSOFIA DE LO AMERICANO TREINTA AÑOS DESPUES. 72. Gabino Barrera, ORACION CIVICA. 73. Angel Rama, APORTACION ORIGINAL DE UNA COMARCA DEL TERCER MUNDO: LATINOAMERICA. 74. José Ingenieros, JOSE VASCONCELOS. 75. Ricaurte Soler, LA NACION LATINOAMERICANA PROYECTO Y PROBLEMA. 76. Laureano Vallevilla Lanz, DISGREGACION E INTEGRACION. 77. Fidel Castro, DISCURSO EN EL XXV ANIVERSARIO DEL ASALTO AL MONCADA. 78. Alfredo L. Palacios, BOLIVAR Y ALBERDI. 79. José Luis Roca, BOLIVIA EN ARGUEDAS Y TAMAYO. 80. José Velasco Alvarado, LA REVOLUCION PERUANA.

**TOMO IX:**

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

**SECRETARIO GENERAL ACADEMICO**

Dr. Fernando Pérez Correa

**SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO**

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

**DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Dr. Abelardo Villegas

**CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Dr. Leopoldo Zea

**COORDINADOR DE HUMANIDADES**

Dr. Leonel Pereznieta Castro

**CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Lic. Elena Jeannetti Dávila

**UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**

Dr. Efrén C. del Pozo